

Paradigmas y realidades de los movimientos sociales

Rocío Guadarrama Olivera

Introducción

LAS REFLEXIONES QUE SON MOTIVO DE ESTE ARTÍCULO tienen su origen en una investigación sobre los nuevos actores políticos en el norte de México, realizada a finales de los años ochenta y principio de los noventa.¹ En esta investigación procuramos explicar la formación de un movimiento político de oposición regional que se propuso vencer electoralmente al partido en el poder y crear las condiciones para la constitución de un nuevo pacto social acordado sobre la base de los intereses privados. El foco de la investigación fue ubicado en el estado de Sonora, situado en el noroeste de México en una región de antigua riqueza agropecuaria que fue escenario, a mediados de los años setenta, de uno de los más notables episodios beligerantes en la guerra de posiciones entre el gobierno del presidente Luis Echeverría y los empresarios del país. El motivo de esta disputa fueron las ricas tierras de los valles del sur del estado, propiedad de unas cuantas poderosas familias, cuya riqueza se había fraguado al calor de la modernización agrícola de los años cuarenta y cincuenta de este siglo. Su enajenación en favor de las nuevas comunidades de campesinos solicitantes pondría fin a más de treinta años de acuerdo entre los gobiernos locales y los empresarios agrícolas de ésta y otras regiones modernas del estado. Después de este golpe, los sectores más radicales de los propietarios iniciarían acciones para lograr la restitución de sus bienes pero, sobre todo, para recuperar su influencia política menoscabada por la lucha agraria. La

¹ El objetivo de esta investigación fue la elaboración de mi tesis doctoral. Estas notas son parte de la introducción de dicho trabajo.

experiencia les había demostrado que los únicos que podían defender los “sagrados” principios de la propiedad privada eran ellos mismos; y que para esto tenían que organizarse de una manera diferente a la que hasta entonces los obligaba a delegar su representación en las organizaciones sectoriales, en sus líderes, y, finalmente, en los acuerdos “de cúpula” entre éstos y el gobierno federal. Para romper tal estructura vertical-corporativa, se plantearon una estrategia que implicaba participar “desde afuera” como partido de oposición. La nueva e inusitada actividad política de los empresarios se inició con su afiliación a un partido de oposición hasta entonces poco representativo en el estado: el Partido Acción Nacional (PAN), y con su participación en las elecciones de 1979 para elegir gobernador, representantes al Congreso local y presidentes municipales. Los resultados de este primer experimento electoral no pudieron ser mejores si tenemos en cuenta el ambiente hostil generado por la lucha agraria de hacía apenas tres años. Su triunfo en el municipio de Cajeme, cabecera político-administrativa de la región del conflicto, venía a demostrar que existía cierta animadversión entre los ciudadanos contra la intervención de fuerzas políticas extrañas, cualesquiera que fueran sus fines. Esta tesis, que se alimentaba de un viejo regionalismo originado por la incomunicación histórica entre dicha región y el resto del país, sirvió de bandera a los candidatos opositores, quienes apostaron, precisamente, a la desconfianza que generaban los candidatos “extraños” del PRI. Con todo, fue hasta 1982 cuando el descontento de estos empresarios tomó la forma de un auténtico movimiento de oposición que incluyó a las clases medias que se encontraban en rebelión por la devaluación de la moneda —cuyos efectos más dramáticos se sentían en las zonas fronterizas— y por la empecinada e inoportuna intervención del gobierno central en las elecciones políticas municipales de este año. Esta nueva rebelión regional coadyuvó a un movimiento cuyos efectos pudieron constatarse por el papel protagónico que en los siguientes años alcanzaron el PAN, las organizaciones empresariales, como la Coparmex, y las de las clases medias y populares que surgieron para defender el voto opositor.

La índole novedosa de este movimiento de oposición política nos condujo a una reflexión sobre el carácter y la forma de estos movimientos que emergieron en los años ochenta y que no se parecían a los estudiados por la sociología de los movimientos sociales en las llamadas sociedades democráticas. La estrechez del espacio cívico para el desarrollo de una vida política plena, de competencia electoral y con reglas claras y justas en la materia, así como la omnipotencia de las instituciones estatales mexicanas, hacían imperante un acercamiento teórico a los movimientos, que partiera precisamente de reconocer esta situación.

El reto que enfrentamos en esta investigación fue el de proponer algunas “guías” interpretativas que no se subordinaran estrictamente a los cánones teóricos dominantes en el campo de los movimientos sociales. Nos referimos al paradigma de la *movilización de recursos* (MR) y al paradigma de los *nuevos movimientos sociales* (NMS); este último de influencia indiscutible en América Latina desde mediados de los años setenta. La inadecuación entre la realidad estudiada y lo que señalaban estas teorías nos condujo a explorar otros campos teóricos que, desde nuestro punto de vista, enriquecían las ideas prevalecientes en los paradigmas mencionados y facilitaban la comprensión de nuestra realidad empírica. Nos referimos a las teorías de los sujetos sociales, de la identidad colectiva y de la cultura política. En ellas encontramos instrumentos conceptuales complementarios que nos fueron de gran utilidad para interpretar las prácticas políticas de los actores con una perspectiva histórica de largo plazo, necesaria para explicar “lo nuevo” de los movimientos de oposición electoral de los años ochenta, frente a “lo viejo” de las estructuras de poder nacidas con la Revolución de 1910. Con ellos pudimos abordar, también, los elementos cognitivos y evaluativos que apuntaban hacia la conformación de una cultura política más cercana a los cánones democráticos clásicos y a la consolidación de los consensos y alianzas de los actores emergentes.

En lo que resta de este escrito me propongo compartir con mis lectores el proceso de reflexión que, finalmente, me condujo a una propuesta de análisis en la que intenté combinar las ideas tomadas de los paradigmas teóricos de los movimientos sociales, con otras que apuntaban hacia el origen sociohistórico de los movimientos, los procesos identitarios de los actores y los marcos estructurales y culturales más amplios. Entre estas últimas encontré un esfuerzo muy importante de síntesis teórica y de refinamiento conceptual que hizo menos difícil el tránsito a la investigación empírica. Con estos antecedentes, organicé mis propias reflexiones en dos vastos apartados: uno, que constituye una síntesis histórica de los grandes cuerpos teóricos sobre los movimientos sociales, en la que destaco la evolución y pertinencia actual de algunos conceptos. El segundo apartado comprende las tres problemáticas que abordan la dimensión sociocultural de los movimientos, la construcción de las identidades colectivas y los procesos de asociación política de los actores.

I. Los grandes paradigmas sobre los movimientos sociales

Los grandes cuerpos teóricos que aluden de lleno a los movimientos sociales no tienen más de veinticinco años de vida. Sin embargo, sus orígenes en la sociología se remontan hasta las primeras décadas de este siglo, en las que surgen los grandes cuerpos de la teoría del conflicto y de la acción social desarrollados por autores clásicos, como E. Durkheim, M. Weber y K. Marx. Los mismos problemas ligados al cambio industrial y urbano de las sociedades capitalistas que inspiraron a estos autores inquietaron también a los de la llamada escuela de Chicago, en Estados Unidos, entre los que destacan R. Park y E.W. Burgess. Es notoria la influencia sobre ellos de la psicología de masas europea, encabezada por G. Le Bon y otros autores, en su preocupación por los comportamientos sociales “no convencionales” que surgían con los cambios producidos por la industrialización, las migraciones masivas y el auge urbano. Del estudio de estas reacciones sociales “inesperadas” e “irracionales”, como las conductas de pánico, los motines obreros, los cultos religiosos y los rumores públicos, nació la *sociología de la acción colectiva*, cuyos avances pueden verse en las acuciosas taxonomías de estos comportamientos, útiles para tener un cuadro pormenorizado de los mismos pero insuficientes para pensar en una teoría de los movimientos sociales dentro de esta tradición (Marx y Wood, 1975:368-371; y Neidhardt y Rucht, 1991:422-423).

La construcción sociológica del movimiento social aparecería, propiamente, hasta los años cincuenta en los trabajos reeditados y revisados del sociólogo interaccionista H. Blumer (1957)² y en la obra maestra de otros dos sociólogos, Ralph H. Turner y Lewis M. Killian (1957). A partir de sus aportaciones, los movimientos sociales adquirieron cierta forma conceptual operativa desde la cual se puede observar su composición, sus metas, acciones programáticas y producción ideológica. Más adelante, el auge de los movimientos en favor de los derechos civiles de las minorías raciales en los años sesenta y, por otro lado, la hegemonía de la corriente teórica funcionalista en las ciencias sociales estadouni-

² El artículo más influyente de este autor, “Collective Behavior”, salió a la luz por primera vez en 1939, fue reimpreso en 1946 y revisado en 1951. Esta última edición es la de R. E. Park (ed.), *An Outline of the Principles of Sociology*, Nueva York, Barnes y Noble, 1951, pp. 221-280. En esta segunda época el autor reconocía que poco se había hecho en el campo teórico de los movimientos sociales, y aunque él mismo estaba preocupado con la idea interaccionista de ver a los movimientos como “construcciones sociales”, no pudo avanzar más allá de proponer una tipología de acciones colectivas (Neidhardt y Rucht, 1991:423; Marx y Wood, 1975:369).

denses, ayudarían a consolidar este nuevo esfuerzo de comprensión de los movimientos sociales. Para estos años, un número muy importante de investigaciones empíricas sobre el tema, sostenidas en instrumentos de observación y experimentación cuantitativos, como los utilizados por los investigadores del Centro sobre Desastres de la Universidad Estatal de Ohio (Marx y Wood, 1975:373), echaron por tierra las tesis conductistas sobre el carácter “impredecible” de los eventos colectivos. También sobresalieron los modelos causales sobre los movimientos, como el de las “tensiones” sociales de N. Smelser (1962) y la discusión más puntual sobre el tipo de movimientos que producían. De este esfuerzo heurístico surgió una teoría de los movimientos sociales fundada en el cambio estructural, que asociaba los momentos de ruptura con la emergencia de la protesta, y, en este sentido, situaba los factores explicativos de la acción social en su entorno “exterior”. Este esfuerzo teórico, no obstante, dejaba sin contestar las preguntas de fondo sobre los motivos de la acción colectiva y sus formas de expresión y comprensión por parte de los actores movilizados.

Una porción de estas respuestas afloró con las nuevas teorizaciones sobre el carácter racional de la acción social y su entorno organizacional, agrupadas bajo el nombre de movilización de recursos (*resource-mobilization*). Los autores identificados con este enfoque como Zald y McCarthy (1977), influidos por los efectos de la prosperidad de la posguerra, pusieron su mirada en la distribución de los recursos y se olvidaron de plano de la descomposición social y la escasez producidas por la industrialización de principios de siglo. En este nuevo contexto, el centro del análisis se movió de las crisis económicas, las guerras y las catástrofes a los intereses concretos, recursos, habilidades y estrategias que impulsaban a los individuos a actuar colectivamente (Fireman y Gamson, 1979:21-36; y Kitschelt, 1991:323).

Los postulados de esta nueva perspectiva para analizar la acción colectiva provenían, en su origen, de las teorías de la racionalidad económica del mercado y de los beneficios individuales de la acción colectiva, desarrolladas por economistas como M. Olson (1965). Con todo, su traducción al lenguaje sociológico supuso una mezcla *sui generis* con otras tesis provenientes de la sociología de las organizaciones y de la sociología del conflicto (Oberschall, 1987), que dieron como resultado modelos centrados en las formas de solidaridad y redes de apoyo. Desde otras disciplinas, como la historia política, autores como Ch. Tilly (1978) también se ocuparon de los factores que facilitaban o inhibían las luchas de los actores por alcanzar objetivos comunes. Su eficacia la explicó este autor por la fuerza de la solidaridad y la densidad de las redes que vinculaban a los miembros de un grupo entre sí y los oponían

a otros que ejercían el control político. Otros teóricos, como B. Klandermans (1988), situaron el conflicto organizacional dentro de un conjunto de relaciones más amplias y complejas con el sistema político.

Hay en estas tesis un avance indudable en la forma de analizar los movimientos desde la perspectiva de los propios actores y de situarlos en un contexto estratégico de relaciones de poder que, sin embargo, no dejó de ser un contexto político limitado a los “ajustes” en los sistemas de representación producidos en el juego entre las demandas de las asociaciones políticas emergentes y las respuestas de los grupos en el poder.

En Europa, la emergencia de los NMS, a finales de los años sesenta, como los de estudiantes, mujeres y ambientalistas, dio lugar a un enfoque que en parte vino a llenar los huecos olvidados por la tradición norteamericana, como los referidos a los procesos identitarios de los movimientos, las culturas alternativas en las sociedades de consumo y el impacto global de sus demandas en el futuro de la sociedad. Este último rasgo le imprimiría a este enfoque un tono ambicioso y optimista, del cual carecía el enfoque de la MR.

El mayor esfuerzo en esta dirección ha sido recogido en la vasta obra de los sociólogos Alain Touraine y Alberto Melucci, cuya virtud estriba en haber compendiado las aportaciones precedentes —especialmente las provenientes del análisis de la movilización de recursos, de las identidades colectivas y, aun, de algunos rasgos del *collective behavior*— y juntarlas en una propuesta propia con clara influencia de las teorías mayores, como el marxismo, el estructural-funcionalismo, la teoría de los valores y la sistémica social.³

En el caso del primero, la teoría de los movimientos sociales alcanzó un desarrollo muy importante con su *modelo societal* que define los grandes ejes de la acción social: el *eje diacrónico*, constituido por el conjunto de las relaciones de dominación comprendidas por el Estado,

³ La teoría de los NMS subsumió la gran diversidad de tradiciones científicas y culturales existentes en los países de Europa occidental. Sobre este amplio espectro de influencias, y sobre las tradiciones de estudio heredadas del siglo XIX, se orientó, centralmente, a buscar la relación entre los movimientos sociales y el cambio social más amplio (Rucht, 1991:10). En particular, esta orientación sintetizadora se encuentra en A. Touraine (1987:29-30), quien no consideraba que hubiera motivos para seguir oponiendo a Marx y a Weber. Según él: “El primero aporta a la sociología de hoy la idea de que la vida social se funda en una relación primordial de dominación; el segundo, la idea de un actor que se orienta por valores. Combinemos ambas ideas —dice Touraine— y obtendremos la definición de movimiento social: actores opuestos por relaciones de dominación y conflicto tienen las mismas orientaciones culturales y luchas precisamente por la gestión social de esta cultura y de las actividades que produce”.

las crisis, los cambios y las conductas conflictivas, y el *eje sincrónico*, que comprende las relaciones sociales y el sistema de acción histórica, donde están las acciones orientadas a enfrentar y redefinir las normas, las instituciones y los patrones culturales compartidos (Touraine, 1977:318-325). Según esta dialéctica de dominación-subversión, los actores se convierten en movimiento a lo largo de un proceso colectivo y autoproduktivo en el que buscan “dirigir, controlar y apropiarse” de los recursos sociales; aunque esto sea dentro de ciertos límites y posibilidades determinados por el sistema de acción histórica (Touraine, 1987:29). Es este último el que determina, finalmente, el carácter de la dominación y las posibilidades de resistencia y de cambio de los movimientos.

La propuesta de Melucci podría situarse en el otro polo de la dialéctica actor-sistema, en la medida en que en ella el actor deja de ser una especie de “prisionero” del sistema y se descubre como un actor autoproduktivo y reflexivo (Melucci, 1985). Aunque esta nueva actitud supone ciertos límites sociales, que están dados por las propias redes y organizaciones de los actores, lo que preocupa a este autor no son las constricciones organizativas y políticas, sino la unidad de acción y la solidaridad lograda por los actores y, finalmente, su significado para la construcción cognitiva, activa, de su identidad; es decir, la “estructura de acción subyacente” de los movimientos sociales (Bartholomew y Mayer, 1992:143).⁴

Ambas propuestas, la de Touraine y la de Melucci, constituyen un elocuente esfuerzo de síntesis teórica, aunque no son la última palabra en la materia. Las críticas dirigidas hacia el sesgo sistémico de uno, y los aspectos identitarios demasiado libres de otro, han dado lugar a nuevos desarrollos que reconocen la conveniencia de vincular más firmemente los fines estratégicos de los actores organizados con sus valores, agravios e ideologías (Neidhardt y Rucht, 1991; y McClurg, 1992).

Desde nuestro punto de vista, esta prometedora tendencia sintetizadora tendría que alimentarse de las discusiones teóricas locales, por ejemplo, de las sociologías sobre los movimientos sociales en los países en desarrollo y de sus propios resultados empíricos.

⁴ El enfoque constructivista, que de manera innovadora desarrolla A. Melucci, se diferencia del enfoque tourainiano por concebir la acción colectiva como una realidad “socialmente construida” desde abajo que resulta de las continuas tensiones y negociaciones entre los actores y no de las determinaciones sistémicas (Bartholomew y Mayer, 1992:141).

En esta dirección proponemos ciertas “guías” de reflexión que buscan, precisamente, acercar tales paradigmas a un caso empírico particular: el de los movimientos de oposición en países de desarrollo político limitado. En este sentido, podría encontrarse en dichas “guías” un cierto sesgo, que se ve compensado, sin embargo, por su flexibilidad para reflejar la propia realidad política en la discusión teórica general. Por ejemplo, el énfasis que ponemos en el carácter “subversivo” de los movimientos opositores que enfrentan las reglas de la cultura política dominante y en sus dificultades para transformarse en auténticos relevos institucionales.

En estas “guías” resuenan también ciertos “ecos” de los debates particulares que se han desarrollado dentro del campo de los movimientos sociales latinoamericanos contemporáneos. Para no desviar nuestra atención del caso que nos interesa, sólo mencionaré estas particularidades de la discusión latinoamericana, a manera de “recomendaciones” para posibles investigaciones futuras:

a) En este fin de siglo, y pensando en la actual transición de formas productivas y tecnológicas, convendría rescatar la vieja discusión de la teoría del *collective behavior* sobre los efectos del cambio social en los procesos de movilización social. En particular, habría que analizar las tendencias contradictorias del mercado, que impulsan a los movimientos a plantear demandas en la arena internacional al tiempo que los desarticulan de los ámbitos nacional y local (Hegedus, 1989:22).

b) Los efectos de las políticas neoliberales de ajuste social también han vuelto vigente la discusión de principios de siglo sobre las conductas sociales anómicas. En América Latina diversos autores se han referido a las formas de desorganización y anomia social producidas por estas políticas antisociales (Zermeño, 1989). Algunos han hecho alusión a la paradoja de los países del área amenazados por el empeoramiento dramático de los problemas sociales y económicos endémicos en la región después de una dolorosa transición a la democracia en los años ochenta (Moisés, 1991, citado por Slater, 1994). Para otros, esta situación de “decadencia social”, “anomia generalizada” y “*apartheid*” social conlleva la pérdida de futuro y un estado combinado de desintegración interna y externa (Weffort, 1991, igualmente citado por Slater, 1994:22).

c) Este retroceso social ha hecho renacer, también, la discusión sobre los “viejos” y “nuevos” movimientos sociales. Lo que nos enseña la experiencia latinoamericana es que no hay procesos unidireccionales y que, en este sentido, formas de expresión social que parecían enterradas en el pasado pueden resurgir enmascaradas por lo “nuevo”. En este sen-

tido, vemos desarrollarse en América Latina comportamientos clientelistas tradicionales dentro de partidos políticos de izquierda que luchan por reformas políticas, como el PRD y el PT en México, y movimientos militaristas o desesperados, como los de Sendero Luminoso en Perú, junto con nuevos movimientos éticos, como los de las madres de la Plaza de Mayo en Argentina; expresiones de movilización armada mezcladas con demandas sociopolíticas por la autonomía indígena y la reforma política, como el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional en México, y una multitud de otros movimientos: ecologistas, pacifistas, por los derechos humanos, etc., que son el medio de expresión de nuevas identidades sociales (Calderón, Piscitelli y Reyna, 1992:23).

Frente a este mosaico de “nuevos” y “viejos” movimientos sociales tendríamos que indagar si lo nuevo en América Latina significa lo mismo que en los países “centrales”, es decir, el afianzamiento “endógeno” de una modernidad sostenida en un espacio autónomo de producción de la vida social y de los valores culturales (Touraine, 1992:133), llamado sociedad civil, o si este espacio es apenas un proyecto que no acabará de consolidarse mientras persista la amenaza constante del capitalismo “exógeno” (hoy llamado globalización) y sus prolongaciones “internas” enclavadas en mecanismos de control y cooptación de tipo patrimonialista.

d) Finalmente, las actuales condiciones de retroceso social de estos países, que contradicen las perspectivas democráticas de las identidades colectivas populares de los años setenta, anunciadas en las tesis sobre los NMS de C. Mouffe, E. Laclau y T. Evers (véase Slater, 1985:43-71), deberían inducir, como bien apunta Tanaka (1994:559-560), hacia la construcción de un enfoque que observara los procesos de privatización e individuación de las relaciones políticas tal como se expresan en liderazgos autoritarios, el protagonismo de los partidos políticos y las negociaciones interelitistas.

II. Nuevas áreas en la investigación de los movimientos sociales

De estas reflexiones sobre el estado de la cuestión, podríamos desprender como conclusión que la relevancia de los paradigmas varía de acuerdo con los objetivos de la investigación y el tipo de movimiento estudiado. En otras palabras, que no hay teorías “buenas” en abstracto. La única manera de probarlas es contraponiéndolas con la realidad empírica, y para ello proponemos algunas “guías” problemáticas cuyo propósito está dirigido a seleccionar críticamente los elementos de los paradigmas reconocidos y a construir explicaciones que relacionen estos

elementos con los hechos empíricos mediante los cuales se expresan los movimientos políticos opositores. Estas guías de problemas pueden agruparse en las siguientes tres dimensiones:

a) dimensión sociocultural, que comprende las condiciones en las que los individuos desarrollan sentimientos y orientaciones políticas opositoras, es decir, *experiencias* (costumbres, hábitos de pensamiento e intenciones) que los identifican como opositores de la cultura e instituciones políticas prevalecientes;

b) dimensión identitaria, que ahonda en el proceso de construcción de las identidades y significados dentro de los grupos de participantes que constituyen estos movimientos. En particular, sobre su predisposición a participar en un movimiento de oposición y cómo ésta se expande a sus organizaciones y orientaciones ideológicas y viceversa; y

c) dimensión político-organizativa, que considera la acción política de los movimientos dentro del entramado constituido entre el espacio institucional y los actores sociales y políticos emergentes. En este espacio localizamos a las organizaciones, grupos de referencia y coaliciones que, enfrentándose, apoyan y desafían al sistema político dominante, en otras palabras, el *campo* de conflicto de los movimientos.

A continuación voy a analizar estas “guías” problemáticas teniendo en cuenta los debates actuales en la materia y las modalidades del caso estudiado. Mi intención es trazar una estrategia de acercamiento que permita el diálogo con sus autores y con los que surgen de las realidades locales latinoamericanas. En este sentido, el lector encontrará en las siguientes páginas los argumentos que justifican un análisis de los movimientos sociales que pone énfasis en las posibilidades para definir estrategias políticas opositoras en países como México con instituciones desacostumbradas a la competencia y el relevo político.

a) La dimensión sociocultural

Si quisiéramos analizar las experiencias que convierten a los individuos en opositores de la cultura política dominante, tendríamos que saber quiénes son estos opositores y de dónde viene su orientación política. En esta perspectiva nos parece útil rescatar las ideas sobre la relación entre lo social y lo político de la “nueva historia social” inglesa, cuyos antecedentes se remontan a los años sesenta y, especialmente, examinar los desafíos teóricos de uno de sus autores más importantes, E. P. Thompson. En su obra principal, *The Making of the English Working Class*, editada por primera vez en 1963, este autor proponía

una tesis innovadora sobre la formación de las clases sociales que venía a contradecir profundamente la visión ortodoxa marxista predominante en esos años. El punto medular de esta tesis postulaba que las clases sociales no estaban determinadas previamente por su posición en la estructura económica sino por las experiencias cotidianas acumuladas. Eran éstas las que permitían a los individuos “sentirse parte de un mismo grupo o clase social” (Thompson, 1977: t.1, 10). Aunque los sucesores de Thompson han criticado sus resabios marxistas, reconocen en su obra una base sólida para plantear una perspectiva de análisis relacional, no determinista, entre las condiciones estructurales y la acción colectiva. Podemos distinguir que estos sucesores adoptan tres posiciones principales: 1) La primera agrupa a los que proponen estudiar la acción colectiva *basada en la clase* desde un enfoque “estratificado”, es decir, por rangos de experiencia, que parten del lugar de trabajo o de las experiencias extrafabriles localizadas en la familia y la comunidad de residencia para analizar los mecanismos organizativos e ideológicos en los que se constituye la acción colectiva.⁵ 2) La segunda, en vez de fijarse en estas posiciones de los individuos, se preocupa por sus conflictos y su traducción “políticamente variable”. Según sus seguidores, el carácter impredecible de la acción política, vista desde lo social, se explica por las contradicciones y la heterogeneidad interna de los individuos que constituyen las clases, su frecuente movilidad de posiciones o sus diferencias inter e intrafamiliares; aunque, finalmente, reconocen que son las alianzas y coaliciones fraguadas en la propia arena política las que explican su orientación política. De ahí la importancia que tienen las organizaciones de los movimientos que median entre la estructura social y la conducta política. Un ejemplo de esta posición se encuentra en la historiografía francesa revisionista, de la cual R. Aminzade (1993:93) es uno de los principales representantes. 3) Finalmente, una

⁵ Ira Katznelson, heredero del enfoque sobre la formación de las clases sociales que planteó el historiador inglés E. P. Thompson, afirma que el punto central del debate actual sobre la formación y reformatión de las clases sociales, aun para los que piensan en el fin de las clases, es de carácter metodológico, y reside en el *cómo* se aborda este proceso. Desde una posición crítica de las apreciaciones objetivistas de las clases sociales, que derivan del análisis de la estructura de clases lo que concierne a sus ideas, organización y actividad política, Katznelson propone una consideración estratificada y “conectiva” del concepto que incluye la estructura, los estilos de vida, las disposiciones y la acción colectiva. Según él, este enfoque permite especificar más precisamente “los puntos de conexión entre la estructura de las relaciones de clase, al nivel macroeconómico; las experiencias derivadas de la clase en el lugar de trabajo y de la comunidad de residencia; los grupos de gente dispuestos a actuar en forma de clase, y la acción colectiva basada en la clase” (Katznelson, 1986:5-6 y 21).

tercera posición se distingue de las dos anteriores porque propone un rompimiento radical entre los aspectos culturales y económicos “reales”. A partir de los estudios sobre la historia obrera de la tradición francesa, los autores de esta corriente plantean un “giro lingüístico” que va del análisis de la protesta “basada en las clases” al análisis del discurso basado en “las palabras, las metáforas y las convenciones retóricas” de los individuos (Sewell, en Berlanstein, 1993:4).

Las tres posiciones tienen en común la búsqueda de “los antecedentes” de la acción política; sean éstos las posiciones sociales estratificadas, los mecanismos organizativos o ideológicos, o la experiencia discursiva. En cualquier caso, lo que tratan de demostrar es que la acción política colectiva no se deriva de manera directa de las condiciones estructurales, sino que surge de la inextricable relación entre los problemas políticos y sociales que se extienden y sobreponen a lo largo y ancho del tejido social: en los espacios más íntimos, como la familia, o en los más visibles y públicos, como los partidos y coaliciones políticas, pasando por las organizaciones laborales y comunitarias. Estas experiencias sociales y políticas podrían rastrearse también por medio de los códigos discursivos de la oposición.

b) La dimensión identitaria

El enfoque relacional de la acción colectiva, entre la estructura y la acción, no sólo es pertinente para deslindarnos de los determinismos económicos de lo político, sino también de aquellos que se derivan de una perspectiva institucional que resulta poco conveniente para el estudio de los movimientos de oposición. En este sentido, lo que proponemos es un enfoque “desde abajo” de la acción política que coincide con lo que B. Klandermans denomina la “construcción social de la protesta” (1992). Las unidades de análisis de este enfoque son los espacios microsociales y las redes sociales primarias, en los que los individuos fraguan sus identidades políticas, construyen sus esquemas ideológicos y, finalmente, definen sus coincidencias y diferencias frente a la cultura política dominante.

El estudio de los movimientos desde esta perspectiva psicosocial permite descubrir en los intersticios de la vida social las experiencias y percepciones comunitarias que identifican a los individuos como parte de un grupo que, en ciertas circunstancias, podría tomar la forma de un movimiento de oposición. Este proceso identitario, que está en la base de todo movimiento de oposición, se construye en la vida cotidiana de los grupos en el seno de las comunidades o redes políticas que traspasan la normatividad existente, modificándola en los hechos, adaptán-

dola a las nuevas necesidades y formas de hacer las cosas, creando nuevas reglas y adelantando por medio de éstas la sociedad del futuro (Breines, en Gamson, 1992:62).

En este ámbito microsocioal, la acción colectiva se expresa también mediante ciertos símbolos lingüísticos y expresivos que podrían reconocerse en lo que Snow y Benford (1992), inspirándose en Goffman, llaman “esquemas” (*framing*) de interpretación de la acción colectiva. Este término se refiere a los símbolos ideológicos conformados en el mismo proceso de movilización entre los organizadores (*carriers*), los participantes, los antagonistas y los observadores de los movimientos (Snow y Benford, 1992:136-138). Son ideas constituidas en y para la acción; están en ella y de ella emanan en forma de “mensajes”, de guías elaboradas por los dirigentes de los movimientos. En este sentido, constituyen una ideología “en ciernes”, muy apegada a los sentimientos y necesidades de la gente, expresados en un lenguaje “común”, hecho para convencer, agitar y movilizar.

Estas ideas “esquemáticas” en el curso de la acción colectiva tienen mucho de espontáneo o, como dice Tilly, de un jazz improvisado, pero también algo de las estructuras “sinfónicas” de otros movimientos y de los “textos” de las culturas políticas existentes. En este sentido, la identidad ideológica de los movimientos de oposición podría ser percibida como una síntesis de los elementos ideacionales “nuevos” y “viejos”, propios y prestados.⁶ También por eso, no son movimientos que se propongan sistemas políticos totalmente nuevos a menos que se trate de movimientos revolucionarios. Más bien serían *opositores*, porque se oponen en algunos aspectos a las instituciones e ideas políticas existentes y porque expresan la posibilidad para sus miembros y simpatizantes de “tomar su vida entre sus propias manos” (Tarrow, 1992:191). Esto quiere decir que son opositores porque más allá del contenido de sus mensajes, es decir, de su congruencia ideológica, hay entre sus miembros una disposición para enfrentarse a los procedimientos políticos aceptados, lo cual no quiere decir que rechacen de tajo los puntos de acuerdo más generales que rigen la vida política de una sociedad dada. Lo que nos queda a nosotros, como investigadores de estos movimientos, es averiguar de dónde surge esta disposición para que los grupos de perso-

⁶ De acuerdo con Sidney Tarrow, no hay una demarcación bien establecida entre creencias que están “dentro” del sistema y aquellas que están “fuera”. Incluso supone que un movimiento puede “vincular, extender o amplificar mucho más los esquemas existentes en la cultura política que crear uno nuevo en su conjunto que pueda tener resonancia en la cultura existente” (Tarrow, 1992:190).

nas “se rebelen” frente a las normas políticas establecidas; cómo construyen sus mensajes o esquemas ideológicos para la acción y, finalmente, cómo se gesta el proceso de síntesis por medio del cual los movimientos de oposición pasan a formar parte del sistema de acción histórica.

c) La dimensión político-organizativa

Los movimientos de oposición tienen un carácter político que no se limita a los aspectos institucionales, y que tampoco se queda en las formas organizativas y estratégicas internas, tal como son tratadas en el enfoque de la MR. En realidad habría que pensar en movimientos que se definen políticamente en una doble lucha: la que surge por la construcción de espacios autónomos propios dentro de la sociedad civil y la que se da por la transformación y ampliación del marco institucional que define sus límites y posibilidades (Cohen y Arato, 1994:509). Una es la lucha por la construcción de sus identidades, otra la lucha por la reinterpretación y reformulación de las normas e instituciones políticas que le sirven de sustento. Una lucha implica a la otra.

Como hemos visto antes, en la perspectiva de los NMS el problema se cargaba del lado de las identidades y solidaridades entre los actores. Por el lado de la MR el punto de interés estaba en la lucha de los actores por los recursos y oportunidades políticas. Recientemente, derivadas de este último enfoque, encontramos nuevas propuestas que buscan relacionar los aspectos estratégicos de la acción colectiva con los elementos estructurales que la determinan. Los antecedentes de estas propuestas los podemos ver en el *polity model* de Ch. Tilly (1978), en el que los costos y oportunidades de las luchas políticas por el poder (entre grupos “dentro” y “fuera” del gobierno) dependen del uso selectivo y combinado por el gobierno de medidas de represión, tolerancia y estímulo. Otros autores, como M. Kaase y A. Marsh (1979:38), prefieren enfatizar el proceso de interacción entre los actores políticos en competencia y el repertorio de los recursos y actividades políticos que dominan. De esta interacción derivan, por ejemplo, su interpretación sobre la ineficacia de los partidos políticos para responder a las demandas sociales más específicas y menos institucionalizadas de los individuos y la consiguiente *ciudadanización* del espacio político (1979:40-41). Finalmente, hay quienes hablan de una *estructura política de oportunidades* (Tarrow, 1988), intentando con ello sintetizar el interés entre los factores “externos” (estructurales) e “internos” (individuales) de la acción colectiva. El modelo que proponen comprende los principales grupos de referencia de la acción política de los movimientos, y las condiciones en las que actúan. Entre éstos destacan: las dimensiones del espacio político

(apertura o enclaustramiento de las instituciones); el carácter de los contendientes políticos (su estabilidad o inestabilidad); la composición de las coaliciones (de los aliados o grupos de apoyo); las características de los grupos en el poder (élites); el sistema político-administrativo; los sistemas de control político-jurídico; la planeación política del gobierno; “el público” de los movimientos (contribuyentes, simpatizantes, opositores, contramovimientos, etc.), y los medios de comunicación que difunden o paralizan el discurso de los movimientos (Tarrow, 1988:429; y Neidhardt y Rucht, 1991:456). Las posibilidades de los movimientos para influir en el sistema político-administrativo dependen, finalmente, del grado de diferenciación de este campo de interrelación entre las instituciones y los movimientos (Neidhardt y Rucht, 1991:457). Por ejemplo, de la pluralidad del sistema de partidos y de los medios de comunicación masivos; de la estabilidad y composición de las coaliciones y/o de la receptibilidad o cerrazón de las coaliciones gobernantes.

Además, habría que considerar que los movimientos no se presentan de manera aislada sino como redes de movimientos con intereses “sobrepuestos, complementarios u opuestos” (Rucht, en Tarrow, 1988:431). En este sentido, el gobierno y los grupos de referencia podrían seguir distintas estrategias frente a estas redes o sectores de movimientos, según fueran su tamaño, forma y composición y la diferenciación de la estructura de oportunidades que les sirven de contexto.

Recibido en mayo de 1996
Revisado en agosto de 1996

Correspondencia: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Maestría en Sociología del Trabajo/Av. Michoacán y la Purísima/Col. Vicentina/09340 México, D.F.

Bibliografía

- Aminzade, Ronald (1993), “Class Analysis, Politics, and French Labor History”, en Lenard R. Berlanstein (comp.), *Rethinking Labor History. Essays on Discourse and Class Analysis*, Urbana-Chicago, University of Illinois Press.
- Bartholomew, Amy y Margit Mayer (1992), “Nomads of the Present: Melucci's Contribution to ‘New Social Movement’ Theory”, en *Theory, Culture and Society*, vol. 9, Sage, Londres, pp. 141-159.
- Blumer, Herbert (1957), “Collective Behavior”, en J. B. Gittler (ed.), *Review of Sociology: Analysis of a Decade*, Nueva York, John Wiley and Sons.

- Breines, Wini (1982), *Community and Organization in the New Left, 1962-1968: The Great Refusal*, Nueva York, Praeger.
- Calderón, Fernando, Alejandro Piscitelli y José Luis Reyna (1992), "Social Movements: Actors, Theories, Expectations", en Escobar y Álvarez (comps.), *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Cohen, Jean (1985), "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, invierno, pp. 663-716.
- Cohen, Jean L. y Andrew Arato (1994), *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- Evers, Tilman (1985), "Identity: The Hidden Side of New Social Movements in Latin America", en D. Slater (comp.), *New Social Movements and the State in Latin America*, Holanda, CEDLA.
- Eyerman, Ron y Andrew Jamison (1991), *Social Movements. A Cognitive Approach*, University Park, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.
- Fireman, Bruce y William A. Gamson (1979), "Utilitarian Logic in the Resource Mobilization Perspective", en M. N. Zald y J. D. McCarthy, *The Dynamics of Social Movements. Resource Mobilization, Social Control, and Tactics*, Cambridge, Mass., Winthrop Publishers, Inc.
- Gamson, William A. (1992), "The Social Psychology of Collective Action", en Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller (comps.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven-Londres, Yale University Press.
- Hegedus, Zsuzsa (1989), "Social Movements and Social Change in Self-Creative Society: New Civil Initiatives in *The International Arena*", *International Sociology*, vol. 4, núm. 1, marzo, pp. 19-36.
- Kaase, Max y Alan Marsh (1979), "Political Action: A Theoretical Perspective", en Samuel H. Barnes, Max Kaase et al., *Political Action. Mass Participation in five western democracies*, Beverly Hills y Londres, Sage Publications.
- Katznelson, Ira (1986), "Working-Class Formation: Constructing Cases and Comparisons", en Ira Katznelson y Aristide R. Zolberg (comps.), *Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton-Oxford, Princeton University Press.
- Kitschelt, Herbert (1991), "Resource Mobilization Theory: A Critique", en Dieter Rucht (comp.), *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA*, Frankfurt am Main, Campus Verlag.
- Klandermans, Bert, H. Kriesi y S. Tarrow (comps.) (1988), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*, International Social Movement Research, vol. 1, Greenwich, Co., JAI Press; Frankfurt am Main, Campus Verlag.
- Klandermans, Bert (1991), "New Social Movements and Resource Mobilization: The European and the American Approach Revisited", en Dieter Rucht (comp.), *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA*, Frankfurt am Main, Campus Verlag.

- ____ (1992), "The Social Construction of Protest and Multiorganizational Fields", en Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Marx, Gary T. y James L. Wood (1975), "Strands of Theory and Research in Collective Behavior", *Annual Review of Sociology*, pp. 363-428.
- McClurg Mueller, Carol (1992), "Building Social Movement Theory", en Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- ____ (1985), "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, invierno, pp. 789-816.
- Melucci, Alberto (1980), "The New Social Movements: A Theoretical Approach", *Social Science Information*, Sage Publications, vol. 19, núm. 2, pp. 199-226.
- Moisés, José (1991), "Democracy Threatened: The Latin American Paradox", *Alternatives*, núm. 16, primavera, pp. 141-159.
- Mongardini, Carlo (1987), "From 'Society' to the Social Actor: A Reconsideration of Agency and its Determinants in Sociological Analysis", *International Sociology*, vol. 2, núm. 4, diciembre, pp. 403-417.
- Mouffe, Chantal (1988), "Hegemony and New Political Subjects: Toward a New Concept of Democracy", en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (comps.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Champaign-Urbana, University of Illinois Press.
- Neidhardt, Friedhelm y Dieter Rucht (1991), "The Analysis of Social Movements: The State of the Art and Some Perspectives for Further Research", en Dieter Rucht (ed.), *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA*, Frankfurt am Main, Campus Verlag.
- Oberschall, Anthony (1987), "Teoría sobre el conflicto", en Vânia Salles y María Luisa Torregrosa, *Una antología para el estudio de los movimientos sociales*, México, Comecso/Universidad de Guadalajara.
- Olson, Marcur (1965), *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Rucht, Dieter (comp.) (1991), *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and the USA*, Frankfurt am Main, Campus Verlag.
- Sewell, William H. Jr. (1993), "Toward a Post-materialist Rhetoric for Labor History", en Lenard R. Berlanstein, *Rethinking Labor History. Essays on Discourse and Class Analysis*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press.
- Slater, David (comp.) (1985), *New Social Movements and The State in Latin America*, Holanda, CEDLA.
- ____ (1994), "Power and Social Movements in the Other Occident. Latin America in an International Context", *Latin American Perspectives* 81, vol. 21, núm. 2, primavera, pp. 11-37.
- Smelser, Neil (1962), *Theory of Collective Behavior*, Nueva York, The Free Press.

- Snow, David y Robert D. Benford (1988), "Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization", en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (comps.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*, International Social Movement Research, vol. 1, Greenwich, Co., JAI Press.
- ____ (1992), "Master Frames and Cycles of Protest", en Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Tanaka, Ricardo Martín (1994), "Individuo y racionalidad en el análisis de los movimientos sociales y la participación política en América Latina", *Estudios Sociológicos*, vol. XII, núm. 36, septiembre-diciembre, pp. 557-579.
- Tarrow, Sidney (1988), "National Politics and Collective Action: Recent Theory and Research in Western Europe and the United States", *Annual Review of Sociology*, núm. 14, pp. 421-440.
- ____ (1992), "Mentalities, Political Cultures, and Collective Action Frames: Constructing Meanings Through Action", en Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller (comps.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven-Londres, Yale University Press.
- Thompson, Edward P. (1977), *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, Laia, 3 tomos.
- Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley Publishing Company.
- Touraine, Alain (1977), *The Self-Production of Society*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press.
- ____ (1987), *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba.
- ____ (1992), "Beyond Social Movements?", en *Theory, Culture and Society*, Sage, Londres, vol. 9, pp. 125-145.
- Turner, R. H. y Killian, L. M. (1957), *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- Weffort, Francisco C. (1991), "La América errada", *Foro*, núm. 15, septiembre, pp. 90-108.
- Zald, Mayer N. y John D. McCarthy (1977), "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory", *American Journal of Sociology*, vol. 82, núm. 6, pp. 1212-1241.
- Zermeno, Sergio (1989), "El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, IISUNAM, octubre-diciembre, pp. 115-150.